
CAPITULO XXI

LA PERSECUCIÓN DE LOS CIENTÍFICOS ES EL TRIUNFO
DEL GENERAL REYES.

EL GRUPO MÁS DISTINGUIDO DE SUS AMIGOS.

I

DE la conducta seguida por los científicos en los asuntos del general Reyes, pueden juzgar todos los habitantes de la república; y de la política reyista, sólo serán capaces de hacerlo las personas imparciales é independientes. El Partido Científico, obrando con toda *la prudencia* que lo distingue, ha hecho aparecer al ex-Secretario de Guerra y Marina como una hiena; lo han exhibido como un hombre impulsivo y un tirano déspota, asesino del pueblo. Pero desprestigiarlo, echaron mano los científicos de todos los medios: hicieron alianza con sus enemigos personales, y, al unísono con ellos, tramaron toda clase de planes para darle la muerte civil. No respetaron ni la tranquilidad del retiro voluntario.

Sin embargo, el general Reyes se ha hecho inmortal ante el pueblo; su grandeza ha subido de punto.

Con todos los elementos en su contra, él ha triunfado, y su triunfo no tiene medida; porque los científicos, aliados á sus enemigos personales, contando con la prensa de todos los matices y colores, juraron darle el golpe más formidable que ha recibido político alguno, y, cual si diera contra algún cuerpo elástico, el golpe vuelve contra el operador, y hiere de muerte á sus autores. ¿De quién es el triunfo? ¿A quién corresponde la victoria? Ellos, muchos en número, se mueven, y él solo; ellos disponen de periódicos, clubs, convenciones y academias, y él sin nada; ellos tienen aliados poderosos, y él sin alianzas; ellos se congregan, buscan partidarios y forman agrupaciones políticas, y él nunca pensó en la formación de ningún partido: con tantas ventajas, ¿no es para creer que el enemigo por sí solo vale mucho más que todos ellos juntos? Si el adversario es débil y de pocos quilates, ¿á qué tanta gente para vencer á un cobarde?

Los procedimientos de lucha empleados por los científicos en contra de Reyes, son apropiados para un enemigo poderoso, y no para un militar desprestigiado ante la opinión, y que no goza de ningunas simpatías. Yo creo que Reyes, durante su elevación en el poder, no se preocupó, ni remotamente, por sostener combates electorales, ni pensó en la ascensión á la Presidencia; por lo mismo, no se procuró amigos políticos que trabajasen por él. Su amor propio de hombre fiel, su lealtad de militar pundonoroso y su adhesión al señor Presidente, no sólo lo hicieron retraerse á las ambiciones que le supusieron los científicos, sino que lo obligaron á rechazar toda clase de alianzas personales en contra del ami-

go. A esto obedeció su conducta de aislamiento político.

En una palabra, el general Reyes no vino á la capital á «hacer política;» su venida obedeció á otros fines, ya expresados en el capítulo anterior. No obstante, se le teme, y los científicos lo odian á muerte, porque creen ver en él á un enemigo de su leader.

Supongo que, hasta el día,—tengo documentos que me hacen suponer —el general Reyes tampoco ha pensado en la formación de un partido político que lo apoye; los simpatizadores de su causa son sus amigos personales, como el licenciado don José López Portillo y Rojas, el general Juan Hernández y los gobernadores de San Luis Potosí, Coahuila, México, Veracruz, Durango y Tamaulipas, y es natural que no lo abandonen. Al rededor de estos amigos, giran otros en un número considerable; pero ninguno se ha movido en pasos políticos para presentar á Reyes como candidato á la Presidencia.

Con lo cual, queda probado que los científicos han alistado todo su ejército para batir á un solo individuo. ¿Por qué? Para un hombre solo ¿se necesita tanto derroche de tropa? Seguramente que el Partido Científico pudo estimar la fuerza del adversario y pesar en la balanza todo su valor, resultando que Reyes valía por todos ellos reunidos. Sólo así es posible concebir semejante paradoja. En este caso, ellos mismos se encargaron de predicar, con sus torpezas, los elevados méritos del enemigo. ¡Un enemigo solo necesitando todo un ejército bien armado para ser vencido! Esto indica una superioridad napoleónica en el general Reyes.

Y esto es la verdad, aunque no comulgue yo del todo con las ideas de sus amigos. El general Reyes está más arriba que todos sus adversarios, desde el momento que lo han batido á mansalva y usando de la pluralidad del número, dándole ellos mismos la victoria. Dispone Reyes de muchas prendas personales que lo hacen admirable; y admito también que tenga el grave defecto de no oír consejo y ser violento de carácter; circunstancias que lo han perjudicado. Pero, en cambio, tiene grandes ventajas sobre sus contrarios: no ha ido á buscar la guerra, ni tampoco la ha fomentado en las sombras y el misterio. Antes que romper las hostilidades, ha procurado esquivar el cuerpo de ellas y dejar á sus enemigos obrar libremente, para que la república falle, condenando ó absolviendo.

Los amigos personales del general Reyes, á quienes se ha dado en llamar «reyistas,» tampoco se han movido políticamente; dejando los honores de la lucha á los científicos.

II

Cuando el general don Bernardo Reyes desempeñaba aún la Cartera de Guerra, se le acercaron muchos, tendiéndole la mano de amigos; pero éstos obedecieron á móviles de intereses bastardos: querían hacer valer las influencias del ministro en provecho propio y ascender á costa ajena. Algunos lograron su intento; porque, apoderándose de la sinceridad del militar honrado, consiguieron el apoyo que deseaban. El número de los tales advenedizos

fué grande, por desgracia, pues las desdichas, provenientes después, se debieron á ellos. Gente hipócrita y falsa, no sirvió más que para comprometer la posición del general Reyes en el gabinete; hicieron tantos males, que muy bien se puede asegurar que ellos fueron la causa directa de la renuncia.

Una vez que cayó del gabinete, los mentados amigos se hicieron al bando contrario, ú olvidaron por completo al jefe. Esto era natural. Nadie puede hacer cosas que no siente: los supuestos partidarios eran una turba de hambrientos, que andaban en pos de pesca de algún empleo pingüe y con cuyos productos mitigar los dolores que produce el hambre desoladora. Y como los que profesan la ley del estómago no son adecuados para el sostén de ningún jefe, resulta nociva su intervención en las cosas políticas. Todas las desgracias siempre proceden de las personas que obran por hambre.

Ni es de extrañarse que los mismos que adulaban á Reyes ayer, hoy lo ataquen, porque esta es la ley ineludible de las cosas humanas. En cambio de estos infelices, el general Reyes pudo conocer, con este motivo, á sus verdaderos amigos y tomar escarmiento para lo futuro.

Son adictos á él, no obstante las circunstancias:

1.—Todos los elementos que valen en Nuevo León, conocedores de su talento, integridad y honradez; porque el Estado á él le debe su grandeza y la vida próspera de que disfruta.

2.—Casi todos los pobladores de Jalisco, cuyo suelo lo vió nacer y sabe apreciar las dotes del correligionario.

3.—Todos los habitantes de Coahuila y la mayor parte de los de Tamaulipas.

5.—Los hijos del Estado de Veracruz, porque se identifican con él en sentimientos é ideas.

5.—La mayoría de los potosinos, testigos de su genio administrativo.

6.—Crecida parte de los habitantes de Durango, Chihuahua, Zacatecas y Aguascalientes, justos apreciadores del verdadero mérito.

Entre los personajes de valer, cuenta con los siguientes simpatizadores:

1.—El licenciado don Miguel Cárdenas, gobernador de Coahuila y que goza de gran prestigio en aquellas comarcas.

2.—El ingeniero don Blas Escontría, gobernador de San Luis Potosí, hombre probo, inteligente y el salvador del Estado que gobierna. El señor Escontría sabrá apreciar lo que vale el general Reyes como gobernante, porque también él conoce los inauditos sacrificios que se hacen para poner un Estado á flote, cuando está sumergido en terrible crisis. En condiciones iguales ha podido calificar la labor del gobernador de Nuevo León, y por esto mismo se une á él y lo admira; porque las almas grandes tienen que comprenderse bien, recíprocamente.

3.—El general don José Vicente Villada, gobernador del Estado de México. El señor Villada está en aptitud de poder conocer las prendas militares y civiles del general Reyes, porque él conoce lo que es el valor militar y cuánto puede valer un hombre de gobierno: militar y gobernante, su influjo es poderoso en favor de Reyes.

Si es cierto que el señor Villada no hace política, también lo es que es admirador del mérito, y esto justifica su adhesión al general Reyes.

4.—Don Teodoro A. Dehesa, gobernador de Veracruz, anticientífico activo, según queda dicho, es partidario del general Reyes. Lo mismo pasa con todo su círculo, que es grande.

5.—El licenciado Don Joaquín Baranda, ex-Secretario de Justicia, hombre de grandes virtudes é influjo social, con todos los suyos es amigo y admirador de Reyes.

6.—El general don Juan Hernández, jefe de la zona militar cuyo cuartel general reside en San Luis Potosí.

7.—El licenciado don José López Portillo y Rojas, diputado al Congreso de la Unión, delegado que fué al Congreso Pan-americano, literato distinguido y eminente académico de la lengua castellana. El señor López Portillo es el novelista más pulcro y castizo de México y uno de los escritores de más saliente nota de la América, á cuya pluma débense producciones que honrarían hasta á los publicistas de mayor mérito en España. Dotado de un talento claro y de un corazón nobilísimo, es incapaz de lastimar ni herir á nadie. Como amigo del general Reyes, puédesse afirmar que ocupa el primer lugar; pero la alta estimación, que descansa en la infancia de ambos, profesada por el señor López Portillo y Rojas al señor general Reyes, nunca lo ha hecho, cegado por el cariño de la amistad, faltar á los fueros de la verdad, porque López Portillo es incapaz de mentir ni de expresar lo que no siente.

Con veinte amigos que tuviera el general Reyes del mismo empuje y de la misma convicción del licenciado López Portillo y Rojas, la formación del Partido Reyista sería de un éxito seguro.

III

Todos los apuntados arriba componen el grupo de los que, en momento dado, son capaces de organizar un club y lanzarse á la lucha política; aunque, en obsequio de la verdad, hasta hoy, ninguno se ha metido en cuestiones políticas, ni á título de defender al amigo. Todos ellos han estado á la expectativa, sin declarar sus ideas.

Ahora bien, ese pequeño grupo de reyistas, más otros nuevos personajes que no cito, forman un poderoso contrapeso en la balanza científica. La razón es obvia. Los expresados señores, por lo mismo de estar aislados de toda lucha y no tener interés personal en el general Reyes, tienen que profesar ideas arraigadas y poseer alto concepto del que podríamos llamar jefe; mientras que los adictos al Partido Científico lo son por el vil interés: estando en los mejores puestos los *limanturistas*, pueden recompensar las simpatías de sus adeptos. En estos casos, el dinero es un factor que pesa más de lo que se imagina cualquiera en el «fiel contraste de la razón.» Ya el Gran Capitán del siglo diez y nueve lo había dicho.

De modo que, llegada la hora de que el general Díaz no quisiese seguir en el poder, la resolución

podría ser adversa para los científicos; porque, además de los motivos expuestos, habrá un voto poderoso en su contra, y ese voto sería el del señor general Porfirio Díaz, á quien los científicos han lastimado con su discurso famoso de la Convención Nacional Liberal, llamándolo con epítetos injustos y ofensivos.

Por otra parte, los partidarios platónicos del general Reyes todos son adictos al general Díaz; y en caso de lucha sostendrían la candidatura de éste, dejando la de aquel, para cuando faltase el caudillo del Dos de Abril y no quisiese aceptar ya la Presidencia. No se podría decir otro tanto de los científicos, pues son enemigos encubiertos de don Porfirio, y pretenden el puesto para sí. Esta ambición los hará sucumbir, porque no podrán contar con la voluntad del pueblo, llegado el momento.

Pero antes que todo, consta que el Partido Científico se encargará de levantar más al general Reyes y perecerá en las propias redes que ha tendido, porque don Bernardo Reyes, siendo la representación genuina del militarismo, es superior al candidato científico.